

VAMPIRO cuarentón

Enrique Serna

Para la clase media castradora, la novela de Luis Zapata era kriptonita pura, pues le ponía delante de los ojos un submundo que tenía muy cerca, pero intentaba negar a toda costa. Y como el morbo suele vencer los escrúpulos morales, *El vampiro* se leyó mucho fuera del gueto gay.

Los lectores de propecta edad seguramente recordarán un anuncio televisivo en el que John Gavin recomendaba someter diferentes marcas de ron a “la prueba del añejo”. Los 40 años de *El vampiro de la colonia Roma*, la novela más famosa de Luis Zapata, nos invitan a una degustación similar para medir su resistencia al paso del tiempo. La contracultura tiene tal fidelidad al aquí y ahora, se afana tanto por abanderar lo nuevo que a veces sus obras más significativas son un estandarte generacional de corta vigencia, en el que los jóvenes de épocas futuras ya no se reconocen. Y como *El vampiro...* es una novela netamente contracultural, emparentada con la narrativa de la onda por su estridente coloquialismo, los lectores que la disfrutamos en la juventud debemos juzgar ahora si su ruptura con los cánones de las bellas letras aportó algo más que una llamarada de libertad. La eficacia de un libro provocador depende en gran medida de las circunstancias de su recep-

ción. Cuando los gustos literarios cambian y la moral pública evoluciona, tenemos una mejor perspectiva para identificar las arrugas o la juventud eterna de una obra.

Desde 1979, la marginalidad sexual ha ganado mucho terreno en la escena cultural mexicana y hoy en día las películas, novelas, poemas eróticos, piezas de teatro y exposiciones de artes plásticas con tema gay son el pan nuestro de cada día. Pero en el momento en que apareció esta novela fundacional,¹ una abrumadora mayoría de la sociedad mexicana consideraba reprobable o de mal gusto que alguien osara contar puterías en letras de molde. Por esas fechas tomó las calles la primera Marcha del Orgullo Gay, que también concitó el repudio de la mayoría conservadora. Para la clase media castradora, la novela de Luis Zapata era kriptonita pura, pues le ponía delante de los ojos un submundo que tenía muy cerca, pero intentaba negar a toda costa. Y como el morbo suele vencer

los escrúpulos morales, *El vampiro* se leyó mucho fuera del gueto gay. Para las buenas conciencias fue, cuando menos, perturbador averiguar, por ejemplo, que los Sanborns, la cadena comercial más representativa de la mentalidad pequeñoburguesa, eran cotos de cacería homosexual donde los chavos perforaban las mamparas de los excusados para *echarse ojo*.

Siempre hubo en la Ciudad de México un ambiente gay clandestino, incluso en tiempos del virreinato. Pero un código de buenas maneras impuesto por la moral judeocristiana lo mantuvo oculto durante 500 años. Un cuento posterior a *El vampiro*, “Doña Herlinda y su hijo”, de Jorge López Páez, llevado al cine por Jaime Humberto Hermosillo, exhibe con fina mordacidad cuál era la manera socialmente aceptable de lidiar con la sodomía sin lastimar la reputación familiar: arropar a las ovejas rosas bajo un manto de respetabilidad, siempre y cuando llevaran una doble vida o nunca salieran del clóset. Los solterones y las quedadas aceptaban los valores entendidos a cambio de no caer en el ostracismo. Aunque en la primera mitad del siglo xx los poetas más talentosos de México eran homosexuales, el temor al repudio social también les impuso silencio. Ni siquiera Salvador Novo, el gay más retador del país, se atrevió a publicar en vida su novela autobiográfica *La estatua de sal*. Un escándalo como ese tal vez le hubiera impedido codearse con las elites del poder y el dinero. A Luis Zapata le tocó romper esa barrera y abrir un ancho camino que muchos escritores hemos recorrido luego de distintas maneras.

Aunque *El vampiro de la colonia Roma* tiene la estructura de un monólogo dramático donde cada capítulo es una cinta grabada, es obvio que Zapata no se limita a tomar el dictado de su informante,



si acaso existió: más bien emplea ese artificio para ocultarse detrás de un biombo y encarrilar el relato por donde más le conviene. Fiel a la tradición flaubertiana del realismo objetivo, el narrador aparenta no interferir en el autorretrato de Adonis, un *chichifo* sin pretensiones literarias que ha llegado a considerar su cuerpo un bien público y no tiene, por lo tanto, ningún reparo en desnudar un alma igualmente promiscua. Por carecer de intimidad, Adonis se ha llegado a fundir con el ser colectivo. No pretende diferenciarse de nadie y, de hecho, su estrecha simbiosis con el área de la ciudad en la que talonea (las colonias Roma y Cuauhtémoc, principalmente) tiende a mimetizarlo con el paisaje urbano, como él mismo reconoce cuando refiere la asiduidad con que montaba guardia en la “esquina mágica” de Insurgentes Sur y Baja California, donde “le iban a hacer una estatua”, porque ya era casi un

punto de referencia para peatones y automovilistas. Sin embargo, el cúmulo de experiencias que nos refiere con una mezcla de candor y desparpajo lo perfila como un personaje complejo y contradictorio, uno de esos personajes esféricos, irreductibles a la categoría de tipo social, a los que E. M. Forster consideraba el centro neurálgico de una novela.

El autorretrato de Adonis quizá pueda chocar a los modernos apóstoles de la corrección política, pues no hay en él ni la más remota intención de dignificar o adecentar a la comunidad gay. De hecho, si lo hubiera escrito un *buga* contemporáneo, algunos comisarios ideológicos de Sodoma podrían tacharlo de homófobo. En el mundo gay de los años sesenta y setenta, donde transcurren las mocedades de Adonis, el culto al efebo casi proscribía los ligues entre hombres maduros, las parejas son precarias y no se guardan

fidelidad, la vigencia erótica dura un suspiro; pasados los 30 años la mayoría de los jotos tienen que recurrir al sexo mercenario y, por consecuencia, los homosexuales pobres y viejos tienen que resignarse a la frustración y a la soledad. Adonis pone en duda, incluso, la posibilidad del amor con mayúsculas entre dos hombres. Cuando un amigo enamorado le cuenta sus cuitas amorosas lo calla con brutalidad:

Mira yo entiendo estas cosas y yo sé que pasan yo sé que existen todavía pero pues a mí no me las vengas a contar no me interesan es más me parecen demasiado cursis bastante hago yo con aguantar a las parejitas que andan en la calle besándose y abrazándose...

La resequedad emocional que aflora en ese pasaje parece una defensa psicológica contra el ries-



go de ablandarse en una profesión donde los sentimientos pueden arruinarlo. Pero al mismo tiempo, Adonis cree que el desamor es un signo de los tiempos: “yo sé que existen todavía”, concede, refiriéndose a los amores apasionados, como si fueran ya una reliquia de otra época. La modernidad, para Adonis, consiste en practicar el sexo sin compromisos con el mayor número de personas y supone que el estilo de vida orgiástico predominará en el futuro. Pero el carácter rudo y malhumorado de su respuesta deja entrever, por detrás de su hedonismo pragmático, un ideal de plenitud amorosa en el que tal vez creyó cuando aún no tenía encallecida el alma.

Si bien la narración coloquial adolece de cierta monotonía estilística, permite a Zapata sugerir sin explicar, esbozar en unas cuantas pinceladas los laberintos psicológicos de Adonis y estimular la creatividad del lector, dándole indicios que puede o no seguir

para descifrar su carácter. Como si la depuración del lenguaje atentara contra el verismo, Zapata ni siquiera accede a pulir el léxico del protagonista cuando él se lo solicita. Al deplorar una larga separación de sus mejores amigos, Adonis declara haberse sentido *gacho* en la soledad y pide a su entrevistador: “No pongas gacho en el libro, ¿eh?”, pero Zapata deja la palabra tal cual, con un criterio más periodístico que literario. Ese apego a la verdad, por malsonante que sea, equivale a una declaración de guerra contra las plastas de maquillaje, los eufemismos y las cortinas de humo que durante siglos escamotearon la realidad del mundo gay. Enemigo de cualquier atildamiento, el narrador aparenta ofrecernos una rebanada de vida en estado bruto, aunque previamente haya editado y seleccionado su material para subrayar las fisuras de la conciencia y las paradojas de la conducta. Lo que pierde en belleza verbal lo gana en ilusión de

vida. Para escritores como Zapata, la novela es un medio de conocimiento humilde que no aspira a los altos vuelos de la palabra. Podemos, quizá, considerar antiestético el desaliño expresivo de Adonis, pero es indudable que su lenguaje rústico y áspero lo retrata con eficacia.

La única instrucción de lectura identificable en el texto son los epígrafes de cada capítulo, que insertan la novela en la tradición de la picaresca. Sin duda, Adonis pertenece por derecho propio al linaje del Lazarillo, el Buscón Don Pablos, la Pícara Justina, Guzmán de Alfarache o Pito Pérez. Abundan en el relato las estampas grotescas o escatológicas con raigambre española: el episodio en que un ciego abusivo manosea a René en un camión de línea creyéndolo mujer, la orgía con los policías de tránsito que detienen a Adonis y a varias locas en Calzada de Tlalpan o las pormenorizadas descripciones de sus enfermedades venéreas, en-

tre muchos otros ejemplos. Pero como buena parte de la novela narra los descabros emocionales de Adonis, su lucha solitaria contra el alcoholismo y la drogadicción, en este caso la comicidad del pícaro linda con la tragedia. La picaresca, según Guillermo Díaz Plaja, es “la epopeya del hambre” y quien lucha con desnudo por sobrevivir no puede coquetear con la autodestrucción. Pero Adonis es un pícaro decadente, con el amor propio más vacío que el estómago. Sin perder de vista su batalla por el sustento diario, la novela narra sobre todo su lucha por no derrumbarse anímicamente. La picardía y la neurosis parecerían incompatibles, pero en el mundo moderno van de la mano. Entre serle fiel a un género literario y apegarse a la realidad, Zapata elige acertadamente modificar la tradición para ajustarla al contexto deshumanizado de las metrópolis contemporáneas, donde los paraísos artificiales tientan, en primer lugar, a los inadaptados y a los parias.

El humor es la tabla de salvación a la que Adonis se aferra para no zozobrar y en la novela cumple una función analgésica. En un pasaje revelador el protagonista relata que cuando él y su hermano se contaban sus penas los invadía una hilaridad nerviosa: “Es como si quisiéramos llorar y no pudiéramos: chillábamos a carcajadas”. Reírse de las propias miserias, practicar el autoescarnio sin red protectora es la mejor defensa contra la baja autoestima que Adonis no se molesta en ocultar. Junto con los placeres prohibidos, su trasgresión sexual le ha deparado el antídoto más eficaz contra el sufrimiento: un sentido

Pocos escritores de México han alcanzado una intensidad tan vertiginosa y una compenetración tan fuerte con la crápula, virtudes que a mi juicio sostienen esta novela en pie y le garantizan una larga vigencia. No la pude someter a la prueba del añejo porque la releí en estado de ebriedad.

carnavalesco de la existencia que lo saca a flote cuando toca fondo. La supervivencia de Adonis depende, en gran medida, de su capacidad para reírse de sí mismo: así se defiende del repudio social, de la policía, de la desesperanza. Según la tesis de la novela, expresada en el epígrafe del primer capítulo, una cita del *Lazarillo*, los pícaros están más vivos que la gente resignada a la normalidad. Y a mi juicio, el principal mérito literario de Zapata es haber retratado fielmente la efervescencia venenosa del mundo gay, una jungla llena de amenazas y riesgos, que puede parecer sórdida a la mayoría de la gente, pero donde predomina el frenesí existencial. No hay una visión edulcorada del gueto, como actualmente sucede en películas y series televisivas (*Queer as folk*, por ejemplo) que pecan

de panfletarias por su afán de inventar una comunidad gay honorable (un oxímoron aberrante con muchos adeptos en las universidades yanquis). Zapata, por el contrario, sabe que el encanto canalla de la jotería es su mayor atractivo. Contrapuesta al letargo de la gente decente, esta oda al libertinaje proclama que, en un mundo reglamentado y pacato solo un pícaro que ha renunciado al decoro puede sacarle jugo a la vida.

Pocos escritores de México han alcanzado una intensidad tan vertiginosa y una compenetración tan fuerte con la crápula, virtudes que a mi juicio sostienen esta novela en pie y le garantizan una larga vigencia. No la pude someter a la prueba del añejo porque la releí en estado de ebriedad. Será leída con nostalgia en el futuro cercano, cuando la homosexualidad alcance un alto grado de aceptación, se diluya su capacidad trasgresora y ningún ligue produzca ya fuertes descargas de adrenalina. **LPyH**

NOTA

¹ En sentido estricto, *El vampiro...* no fue la primera novela gay mexicana, pues en 1964 Miguel Barbachano Ponce había publicado *El diario de José Toledo*, una rareza bibliográfica inasequible que, a juicio de León Guillermo Gutiérrez, tiene un valor literario notable. Véase su ensayo “El cuerpo humano y las calles de la piel” en *Literatura mexicana de temática gay del siglo XIX al XX* (UV, 2016).

Enrique Serna es narrador, ensayista y guionista. Ha publicado *El miedo a los animales* (1995), *El seductor de la patria* (1999), *Fruta verde* (2006), *Giros negros* (2008) y *Genealogía de la soberbia intelectual* (2013), entre otras obras.